MARIA CASTALDI / RECUERDOS DE UNA ÉPOCA



Jesús Fernández Santos y Maria Castaldi con sus hijos Miguel y Juan, 1971

Conocí a Jesús en el Café Gijón en diciembre de 1957. Fue Rafael Sánchez Ferlosio quien nos presentó y mi primer recuerdo de él es de un hombre delgado, alto, de ojos expresivos detrás de unas gruesas gafas de concha, muy atractivo, simpático y brillante.

En aquella época yo no sabía ni una palabra de español y Jesús, con el sentido de humor innato en él, intentaba hablarme transformando palabras españolas en un italiano «macarrónico», según él y, cuando aun así no lograba comprender lo que me decía, se esforzaba con gestos y con mímica hasta que poco a poco empecé a entenderle. Aun sin poder seguir la conversación, me daba cuenta de que en las tertulias él solía discutir de forma acalorada y difícilmente se dejaba convencer. Tenía un encanto particular con las mujeres y no es extraño que me enamorara enseguida de él. El Café Gijón fue nuestro primer hogar. Allí conocí a todos sus amigos escritores, poetas, pintores, gente de teatro, directores de cine, en tertulias que se prolongaban hasta la madrugada.

Antes de casarnos, esas tertulias se trasladaron a casa de *los Ferlosios* (Carmen Martín Gaite y Rafael Sánchez Ferlosio), un ático de la calle Doctor Esquerdo. Ese lugar me trae muchos recuerdos, sobre todo el de la última tarde que pasé allí. Era un atardecer de cielo rojo. Desde la terraza se divisaba el bulevar con sus chiringuitos y árboles en el centro, sin semáforos, rematado a lo lejos por el Cerro de los Ángeles. Apoyados en la barandilla Carmiña y Jesús cantaban esa canción del folclore mejicano: «De piedra ha de ser la cama, / de piedra la cabecera; / la mujer que a mí me quiera / me ha de querer de a de veras. / Ay, ay, corazón, por qué no amas». Carmiña con voz suave y Jesús con un timbre más fuerte. Se les oía entonados como entonados estaban en la vida real.

Era una tarde extraña, un presagio de que algo iba a cambiar. Desde ese espacio abierto se veía el interior del piso; un piso pequeño como los áticos retranqueados de las casas señoriales cuyas terrazas ocupan casi más que las viviendas. En el interior, en el pequeño salón, un sofá ya un poco ajado, una mesa y dos butacas, no cabía nada más. El ritmo pausado de la canción me sumía en la melancolía y en el recuerdo de tantas tardes delante de ese sofá. Como mudo testigo, solía presenciar esas reuniones de amigos que habían coincidido en la Facultad de Filosofía y Letras y que se convertirían en la llamada *generación de los cincuenta*.

En esas tardes Rafael, Carmiña, Ignacio, Josefina, Medardo y Jesús charlaban animadamente y a veces también discutían de forma acalorada sobre literatura, teatro, conciertos y exposiciones, es decir, de la vida cultural de entonces. Hablaban también de sus primeros libros y de la autocensura que ejercían para evitar situaciones incómodas con las prohibiciones del régimen. Eran los años sesenta y la censura era implacable. Quien solía llevar la voz cantante era Ignacio, siempre polémico y quien le replicaba era Jesús. Nunca se ponían de acuerdo. Rafael intentaba mediar en esas discusiones literarias, sin apenas conseguirlo. La postura de cada uno no variaba: los dos creían tener razón. Muchas veces me preguntaba por qué discutían tanto. Por entonces no conseguía seguir las conversaciones, ya que mi nivel de español era muy limitado. Rafael, que conocía mi idioma por ser su madre italiana, me ayudaba a entender un poco de lo que estaban hablando.

Yo solía sentarme en la butaca frente a todos y me entretenía observando las intervenciones de cada uno. Josefina solía rebatir con contundencia los argumentos de las discusiones. Medardo, el menos locuaz del grupo, seguía los debates con interés y solo intervenía cuando le preguntaban algo. Carmiña, la anfitriona, se ocupaba de que no faltara el vino, lo único que se tomaba, pero siempre participaba en las conversaciones. Rafael era el más serio. Sus intervenciones, con voz pausada, eran escuchadas atentamente por todos. Sin embargo, si la polémica entre Ignacio y Jesús se alargaba y no parecía tener fin, se levantaba, salía a la terraza y con una seña me invitaba a acompañarle.

Allí podíamos conversar tranquilamente. Él me preguntaba acerca de mi vida antes de llegar a Madrid y de cómo me iba acostumbrando a la ciudad, tan distinta de la mía. Yo le contaba que estaba estudiando español porque, sin entender lo que se hablaba en esas reuniones, me sentía desplazada. También le comentaba lo extraño que me resultaban algunas costumbres españolas: los horarios de las comidas, las terrazas en verano, la vida nocturna, los serenos... Poder expresarme en mi idioma y con una persona tan atenta y amable me alegraba el día. Nació así una amistad que, además, hizo que esas tardes se quedaran impresas para siempre en mi memoria.

Según pasaban los meses, empecé a notar que Rafael se iba distanciando poco a poco del grupo. Lo veía más serio, ensimismado y cada vez más ausente de esas reuniones con sus amigos. Al poco no volvió a aparecer. Carmiña nos explicó que estaba trabajando día y noche en ensayos de gramática y lingüística. No lo volvimos a ver. Absorta en los recuerdos de esas reuniones de las

que había formado parte, no me di cuenta de que Carmiña y Jesús en la terraza se habían quedado en silencio. Miraban al infinito con un semblante triste, sabiendo que se acababa una etapa de la vida literaria en la casa de *los Ferlosios*. Sin Rafael no era lógico sentarse en ese sofá, hablar, discutir y asomarse a esa terraza. Sin proponérselo, él había marcado el final de unos encuentros literarios en ese ático de la calle Doctor Esquerdo.

Al casarnos, Jesús y yo paulatinamente nos distanciamos de los amigos del café, cada uno siguió un rumbo distinto. Jesús continuó escribiendo, alternando la literatura, su razón de vida, con el cine, su *modus vivendi*. Fueron tiempos difíciles, cuando vivir de la literatura era malvivir. Con los documentales, en cambio, conseguíamos salir adelante y para Jesús fueron fuente de inspiración de sus mejores relatos y novelas como *El hombre de los santos*, *Las catedrales*, *Extramuros*, *Cabrera* o *El Griego.* Conocía España en todos sus rincones, pero tres ciudades marcaron decididamente su literatura: Madrid, donde nació y vivió; Segovia, donde pasó la Guerra Civil; León y más concretamente un pequeño pueblo de la montaña. Una docena de casas, una iglesia medio derruida, una taberna y un río que lo atraviesa, formando un pequeño islote entre dos puentes romanos, Cerulleda es una aldea de escasa importancia, que rara vez aparece en los mapas. El camino zigzagueante de acceso, de impresionante y austera belleza, pasa por las hoces del río Curueño para abrirse luego en un amplio valle y seguir subiendo hasta el puerto de Vegarada, en la Montaña de León.

Allá donde acaba el pueblo y la carretera se vuelve más empinada entre avellanos, álamos y urces, se encuentra un molino, parecido a otros de las riberas de los ríos. Aparte del esplendor sobrio y a veces acongojante del paisaje, para cualquier viajero esta región, este pueblo y este molino no tienen un significado especial, si no conoce la obra literaria de Jesús Fernández Santos. Esta aldea es la protagonista de su primera novela que, según los críticos, marcó el inicio de la literatura social en España. En ella el núcleo rural se convierte en el centro de la historia que se relata; como en muchas de sus novelas, el protagonista no tiene nombre, pero para los que le hemos conocido, se identifica como el pueblo de *Los bravos*.

La Montaña, como en León denominan a toda esta región que linda con Asturias, ha sido siempre para Jesús una fuente rica de inspiración. Los veraneos de su infancia transcurridos en esos parajes quedaron impresos en su memoria y sirvieron para muchos de los cuentos de *Cabeza rapada*. Las leyendas que oyó contar a los más viejos del lugar se transformaron en parte de sus libros, como la de la *Dama de Arintero*, que combatió como un hombre más en el ejército de los Reyes Católicos, en los sitios de Toro y Zamora, verdadera protagonista de *La que no tiene nombre*.

Para Jesús regresar a Cerulleda significaba recuperar parte de su niñez y me atrevería a decir que se transformaba, volviéndose menos locuaz. No era el hombre de las interminables tertulias en los cafés de Madrid; allí, en las largas tardes de tedio, sin periódicos ni televisión, escuchaba las charlas, las historias de las gentes, los acontecimientos pasados y de ellos nacían otras historias, otros personajes, otros acontecimientos en letra impresa.

Los jinetes del alba, uno de los últimos libros suyos, duro alegato en contra de las contiendas fratricidas, testimonio de unos sucesos que no debieran repetirse jamás, surgió de hechos acaecidos durante la Revolución de Octubre en Asturias. Nombres como Ventura, Quincelibras o Tejón no salieron de la imaginación del escritor, sino que han sido plasmados en el libro, recuperando así su identidad real. León, y en especial Cerulleda, ha influido a través de sus hombres y paisajes en gran parte de la obra literaria de Jesús y no es extraño que unos años más tarde decidiera tener un segundo hogar allí, un oasis de tranquilidad y paz lejos del mundo caótico de la gran urbe. El modesto molino, un verdadero capricho, se convirtió así en su refugio de verano. Los largos días soleados del estío transcurrían en conversaciones, paseos, recorridos en coche por las aldeas vecinas, donde los distintos protagonistas de sus escritos habían nacido, vivido o muerto y, a la caída de la tarde, cuando el cierzo bajaba de los cercanos montes, esos personajes y esos lugares recobraban, gracias a su pluma, su pasada existencia. Para Jesús, espíritu irrequieto y siempre ensimismado en nuevos proyectos literarios, esos veraneos apaciguaban su mente y lo tranquilizaban.

Sin embargo**,** a pesar del sosiego mental que ese lugar apacible le proporcionaba, según pasaban los años y la enfermedad iba minando su cerebro, la idea siempre presente de atravesar en coche la Montaña y llegar a Asturias por una senda de ganado se convirtió en obsesión. Era una fijación y nadie consiguió disuadirle. Sin mediar palabra, una mañana temprano emprendió su aventura. Después de varias batidas y rastreos por los bosques y barrancos de la ladera asturiana, solo apareció el coche abandonado y durante doce largas y estremecedoras horas nada supimos de Jesús. Dando tumbos, agotado, hambriento y magullado, apareció por la noche en Rubayer, en Asturias. Le tomaron por borracho, pero él no se inmutó; su aventura había terminado, su objetivo cumplido y tenía el tema para su siguiente y última novela, *Balada de amor y soledad.* Escrita en condiciones físicas y mentales muy particulares, narra la historia de su sueño realizado y de nuestra pesadilla. Llegó a verla publicada y se emocionó, al igual que el día que el pueblo de Cerulleda decidió dedicar una de sus dos calles a su hijo predilecto.

A lo largo de treinta años de vida en común, Jesús me enseñó a amar España, sus ciudades, sus pueblos, sus costumbres. A su lado he conocido los nombres más importantes de las letras españolas y me he familiarizado con la cultura de este país. A través de su literatura he aprendido el idioma y ahora que él no está, su obra perdura como testimonio de una época que yo he tenido la suerte de vivir con él.

MARIA CASTALDI

ÍNSULA
952



ALMANAQUE 2025
Coordinado por Francisca Noguerol

FUNDADORES: ENRIQUE CANITO Y JOSÉ LUIS CANO
COMITÉ DE DIRECCIÓN: J. ÁLVAREZ BARRIENTOS, A. AMORÓS, I. ARELLANO, L. BONET, G. CARNERO, L. A. DE CUENCA, A. EGIDO, P. FERNÁNDEZ, T. FERNÁNDEZ, L. GARCÍA JAMBRINA, L. GARCÍA LORENZO, L. GARCÍA MONTERO, P. GIMFERRER, L. GÓMEZ CANSECO, J. M. MICÓ, F. NOGUEROL, J. M. POZUELO YVANCOS, A. L. PRIETO DE PAULA, D. RÓDENAS DE MOYA, F. RODRÍGUEZ LAFUENTE, J. SILES, A. SORIA OLMEDO, F. VALLS, J. URRUTIA Y D. VILLANUEVA
J. KORTAZAR (LETRAS VASCAS)
A. TARRÍO VARELA (LETRAS GALLEGAS)
J. SUBIRANA (LETRAS CATALANAS)

EDITORA: ARANTXA GÓMEZ SANCHO
SUSCRIPCIONES Y ADMINISTRACIÓN: NATACHA SOLEDAD BENÍTEZ
EDITA: EDITORIAL PLANETA, S. A. U.
AVDA. DIAGONAL, 662-664 - 08034 BARCELONA